

» Siendo Malch muy anciano, me refirió todo esto, cuando
 » yo era aún muy jóven, y lo refiero cuando soy ya viejo.
 » Presento á las almas puras un célebre ejemplo de casti-
 » dad, exhortándolas á que no lo olviden. Referid esta his-
 » toria á los que vengan despues de vosotros, para que se-
 » pan que ni en medio de las espadas, de los desiertos y de
 » las bestias feroces, se halla cautiva la castidad, y que un
 » verdadero siervo de Jesucristo puede ser matado, pero no
 » vencido. »

Este santo Doctor que hace hablar á san Malch en la historia que acabamos de relatar, no nos refiere más que las circunstancias de su cautiverio; pero nada nos dice de lo que hizo despues de su libertad. Créese que vivió con esta mujer en Maronia, quitando su avanzada edad todo motivo de sospecha. Este Santo los vió hacia el año 375. Y en efecto, vivian ambos con tanta piedad, y asistian con tanta asiduidad á la Iglesia, dice el mismo san Jerónimo, que se les hubiera tomado por Zacarías é Isabel, y todos los habitantes de aquellos lugares les miraban como personas santas y muy agradables á Dios. San Malch se celebra, según el Martirologio Romano, el 21 de octubre.

PARTE VII

SOLITARIOS DE LA SEGUNDA SIRIA Y DE LA MESOPOTAMIA

EL ABAD MARCELO Y SANTA FEBRONIA RELIGIOSA Y MARTIR¹

El más antiguo monasterio de la segunda Siria de que tenemos conocimiento, es el que en el año 300 gobernaba un abad llamado Marcelo en Sibaple ó Nísibe², ciudad situada en la frontera que separaba el imperio romano del de los persas. De él se habla en las actas de santa Febronia; pero nada sabemos de la disciplina que en él se observaba. Habia también desde entónces en la misma ciudad una comunidad de cerca de cincuenta religiosas, que habia formado, y á la que habia dado reglas la diaconisa Platonía. La vida que en él se observaba era muy austera: pues las religiosas no comian más que una vez al dia, y el viérnes no salian del oratorio, en donde despues de la salmodia leía Platonía en alta voz la sagrada Escritura hasta la hora de Tercia: despues entregaba el libro á otra religiosa llamada Brienna, que ocupaba el segundo puesto en la comunidad, y que la reemplazaba en el doble cargo de dia-

¹ Los Bolandistas.

² Hoy Nazib. Esta antigua ciudad no es al presente más que una aldea de un centenar de habitantes.

conisa y de superiora. Esta continuaba la lectura hasta la hora de Vísperas, y la acompañaba de una explicación edificante para la instrucción de sus hermanas.

En esta casa de virtud fué educada santa Febronia desde la más tierna infancia, y en ella se preparó con la inocencia y la práctica de todas las virtudes religiosas al martirio que sufrió por la gloria de Jesucristo. Era sobrina de Brienna, y sólomente tenía dos años, cuando ésta se encargó de su educación. Estaba dotada de belleza tan singular, que su piadosa tia temió que le fuese un peligro, y tomó todo género de precauciones para preservarla de la malicia. Así es que, cuando llegó á la edad de ayunar, le prescribió que no comiese más que cada dos dias, y la dócil Febronia, secundando sus designios, y viendo que no se debilitaba su naturaleza, no tomaba más alimento que un poco de pan y de agua. A esta rigurosa abstinencia añadía el acostarse sobre una tabla corta y estrecha, y algunas veces sobre la misma tierra. Si durante la noche venia el demonio á tentarla, se levantaba al punto; se ponía á orar ó á leer, y al punto se disipaban sus ilusiones con la oración y con la eficacia de la palabra de Dios. Con esta práctica conservó su inocencia, y con su humildad y obediencia edificó á todas sus hermanas.

Muerta Platonía, Brienna que se hallaba encargada de la dirección de la comunidad, encomendó á Febronia la lectura del viérnes; pero como en este dia acudian algunas señoras de la ciudad, deseosas de aprovecharse de la palabra de Dios, encargóle que se cubriese el rostro con el velo: pues tenía un especial cuidado en que no la viesan ni aún las personas de su mismo sexo. A pesar de esto, era tanta la sencillez y claridad con que Febronia explicaba las sagradas Escrituras, que de ello se hablaba en toda la ciudad; lo que, unido á las alabanzas, que de su belleza y de su virtud hacian las demás religiosas, fué causa

de que se excitase la curiosidad de muchas señoras.

Entre éstas hace mención su historia de la viuda de un senador, llamada Hieria, que no habiendo vivido con su marido más que siete meses, volvió á su patria despues de la muerte de éste, llevando entre sus parientes una vida tranquila, pero tenía la desgracia de estar imbuida en las supersticiones del paganismo. Impresionada con lo que se decia de Febronia, é interiormente mucho más por el movimiento de la divina gracia, deseaba hacer conocimiento con ella, tanto para instruirse en los misterios de la religión, como para tener la satisfacción de tratar á una persona de quién tantos elogios se hacian. Tan luego como Brienna se presentó en la puerta del monasterio para recibirla con toda la consideración debida á su rango, se arrojó Hieria á sus pies, le rogó con muchas lágrimas que no la rechazase, aunque era pagana, y que le concediera la gracia de hablar con Febronia, con la intención, decia, de librarse de sus parientes que la obligaban á que contrajese segundas nupcias, y de proveer á la salud de su alma, instruyéndose en las verdades de la fé.

Brienna le dijo que le había impuesto el precepto de no dejarse ver de nadie: « La recibí, dijo, de manos de sus » padres, cuando sólomente tenía dos años: al presente » tiene dieciocho, y como es muy bella, no he querido que » persona alguna del mundo la vea; pues ni aún á su » misma nodriza he concedido esta gracia. » Pero Hieria continuó demostrando con sus lágrimas la rectitud de sus intenciones, y al fin consiguió la gracia que deseaba; pero á condición de que dejase sus atavíos, y vistiese un hábito de religiosa, porque la Santa nunca habia visto los adornos mundanos.

Hieria accedió sin trabajo alguno, y conducida por la superiora al oratorio de Febronia, que creyó tener á su vista á una religiosa extranjera, se postró á sus pies, y la

abrazó como á una hermana en Jesucristo. Brienna las invitó á que tomasen asiento, y despues de las primeras manifestaciones de la caridad fraterna, ordenó á Febronia que empezase la lectura. Hieria tocada en su corazón por la divina gracia, se conmovió tanto, que no cesaba de derramar lágrimas, y pasaron insensiblemente toda la noche en este santo ejercicio : pues Febronia no se cansaba de la lectura, y Hieria recibia sus instrucciones con santa avidez.

La superiora tuvo necesidad de ordenar á la mañana siguiente que Hieria se separase de la Santa, lo cual ejecutó despues de abrazarla con la mayor ternura, y habiendo vuelto al lado de sus parientes, les manifestó las instrucciones celestiales que la Santa le había dado, y les persuadió á que abandonasen el cutto supersticioso de los ídolos para abrazar la religión cristiana. Febronia se informó por Tomaída, que ocupaba el segundo lugar en el monasterio, quién era aquella supuesta religiosa : pues decia : ha llorado tanto, cuando yo le hacia la explicación de la sagrada Escritura, que parecia como si nunca la hubiera oído. Tomaída le manifestó entónces que era la senadora Hieria, con lo cual, admirada la Santa, dijo : ¿ porqué no me lo habéis advertido ? pues le he hablado con la misma confianza que si hubiese sido una religiosa. Pero Tomaída le respondió que esta señora así lo habia querido, y que no se lo habia podido negar. Despues de esta entrevista consiguió Hieria algunas otras, y habiendo caído la Santa gravemente enferma, quiso asistirla, y no la abandonó hasta que estuvo enteramente restablecida.

Tal era el estado de esta comunidad, cuando el emperador Diocleciano mandó á aquella provincia á Lipsimaco, hijo de Antimo, que se cree haber sido prefecto de Antioquía, con Selenio, hermano de este prefecto, para perseguir á los fieles. Selenio era un hombre extremadamente

violento, y tan enemigo de los cristianos como el mismo emperador ; pero los sentimientos de Lipsimaco eran enteramente opuestos, y su madre, que era cristiana, le habia encomendado al morir, que protegiese en todo cuanto pudiera á los cristianos. Diocleciano, que estimaba mucho á Antimo, no quiso conceder su puesto á su hijo sin tener alguna seguridad de su adhesión á los ídolos y de su odio al nombre cristiano, sospechando las buenas instrucciones que habria recibido de su madre ; pero Selenio, que se le habia dado más bién como fiscal que como compañero, respondió de su sumisión á las órdenes del príncipe, y partió con él y con el conde Primus, pariente también de Lipsimaco.

No tardó, en llegar á Nisibe la noticia de la persecución por las crueldades que Selenio ejercía en la Mesopotamia y en la Siria Palmeriana, en donde habia hecho dar muerte, tanto con la espada como con el fuego, á todos los cristianos que encontró, y arrojar á las fieras la parte de sus cuerpos que no habia consumido el fuego. No pudiendo Lipsimaco soportar tantos excesos, dijo secretamente al conde Primus : No ignorais que, aunque mi padre fué pagano, mi madre era cristiana, y me inclinaba á que yo siguiese su religión : pero me lo han impedido siempre el temor del emperador y de mi padre. No pudiendo complacerla, me recomendó que, á lo ménos, no diese muerte á ningún cristiano, y que á todos los tratase con tolerancia. Así es que no puedo ver, sin llenarme de compasión, las crueldades que mi tío Selenio ejerce con ellos, pues entrega á los más rudos tormentos á todos los que caen en sus manos. Os ruego, por lo tanto, que trateis con dulzura á todos los que se os presenten, y favorezcáis su huida. El conde accedió á estos buenos sentimientos, y desde entónces no mandó que ninguno fuese arrestado : sino que avisaba secretamente á los monasterios, para que los religio-

sos no fuesen sorprendidos, y presentados á Selenio.

Cuando hubieron pasado algun tiempo en la Mesopotamia y en las ciudades inmediatas, emprendieron la marcha á Nisibe, y al tenerse noticias de su próxima llegada, los eclesiásticos, los monjes y hasta el mismo obispo desaparecieron, y se ocultaron en diversos parajes. Las religiosas del monasterio de Brienna quisieron imitarles, y suplicaron á la superiora que les permitiera ponerse en seguridad. ; Ay ! les dijo ésta : aún no habeis visto al enemigo, y ya huiis : aún no ha empezado el combate, y ya os dais por vencidas. Tened, hijas mias, sentimientos más dignos del estado que profesais : permanezcamos quietas y expóngamonos generosamente al combate y á la muerte por Aquel que quiso morir por nosotras, para que vivamos eternamente con él.

Estas palabras hicieron por el pronto alguna impresión en ellas, pero al poco tiempo se apoderó de sus corazones un terror aún más grande, y temerosas de que la soldadesca las insultase, y de que no pudiesen soportar los tormentos, insistieron nuevamente con la superiora, y ésta se vió obligada á permitirles que se retirasen. Su intención era llevar á Febronia consigo, y efectivamente la exhortaron á que las siguiese. Pero la santa doncella les dijo : « Os » protesto en la presencia del Señor, á quién me he consagrado, que no me separaré de aquí, y que prefiero morir » y ser sepultada en este lugar, ántes que salir de él. »

Separaronse, pues ; pero exhalando gemidos y derramando lágrimas. Entónces la superiora, viéndose sola con Tomaida y Febronia, y temiendo la ruina de su monasterio, buscó consuelo y fortaleza en la misericordia de Dios, y entrando en su oratorio, se postró en tierra, llorando amargamente é implorando los auxilios del Señor con tantos gemidos, que, oyéndola Tomaida, acudió á prestarla consuelo : ; Ay ! señora y madre mia, le dijo ¿ porque os

entregais á tan acerbo dolor ? tranquilizaos. ¿ No es Dios suficientemente poderoso para socorrernos, y hacer que la tentación se convierta en un beneficio para nuestras almas ? ¿ Quién hay que, poniendo en él su confianza, haya quedado confundido ? ¿ Quién, que perseverare en su santo temor, ha sido rechazado ? — Teneis razón, le respondió la afligida superiora ; pero ¿ qué será de Febronia ? ¿ como la pondremos en seguridad ? Y si no lo consigo, ¿ como he de poder verla en manos de los bárbaros ? — Tranquilizaos, repito, replicó Tomaida, ¿ habeis olvidado que el que puede resucitar á los muertos, puede también librar-nos de todo peligro ? Levantaos : dejad de llorar, y vamos á inspirar ánimo á Febronia, que se halla enferma.

Siguióla, en efecto, pero aumentóse su aflixió al ver á la Santa : se sentó bajando la cabeza hasta tocar con las rodillas, y comenzó á lamentarse y á derramar amargas lágrimas. Febronia preguntó el motivo á Tomaida, quién le respondió que ella era la causa : pues viendo que eres jóven y dotada de singular belleza, y conociendo la crueldad de los perseguidores, está con mucha razón alarmada. — Yo os ruego, dijo la doncella, que pidais á Dios por vuestra humilde sierva. Dios puede mirarme con ojos de misericordia ; pues me humillaré ante él, y espero que me concederá la fortaleza y la paciencia, que nunca ha rehusado á los que le aman de todo corazón.

Entónces Tomaida y Brienna la exhortaron con las más tiernas y vivas expresiones á combatir animosamente por la gloria do Jesucristo, y entre otras cosas le dijo Tomaida : « Ha llegado, hija mia, la hora del combate. En cuanto á nosotras, si caemos en manos de los tiranos, nuestra ancianidad les hará concluir pronto con nuestro vida ; pero no harán lo mismo contigo, sino que tenderán lazos á tu belleza y á tu juventud. Teu mucho cuidado, si se apoderan de nosotras, de no dejarte seducir por sus halagadoras pro-

mesas, pues te ofrecerán riquezas, vistosas alhajas y toda clase de bienestar mundano. No pierdas el mérito de tus pasados trabajos, haciéndote el juguete de los demonios y de los paganos. Nada hay tan honroso y meritorio como la virginidad, á la que el Señor reserva la más grande recompensa en el cielo; pues el Esposo divino de las almas es inmortal, y les ha prometido la inmortalidad. Así pues, Febronia, considera que te has consagrado á él: guárdate, hija mia, de quebrantar los votos que le has hecho, y de profanar las arras de santa unión que te ha entregado. Teme aquel día terrible, en que ha de juzgar al universo, para dar á cada uno el premio ó castigo de sus obras. »

La piadosa Brienna le habló á su vez de este modo: « Hija mia Febronia, acuérdate que siempre has sido dócil á mis instrucciones, y que has sido capaz de darlas á otras. Tu sabes que te tomé de las manos de tu nodriza, cuando aún no tenias más que dos años, y que te he guardado con tanto esmero, que ni aún he permitido que te vean las mujeres del mundo, para que te conservases mejor en la virtud. Honra mi vejez: no hagas inútiles los trabajos que por tí he tomado, como madre espiritual que he sido para tí. Recuerda los combates que han sostenido tantos mártires, no sólomente esforzados varones, sino delicadas doncellas, y sobre todo, no olvides á las dos hermanas, Liba, que fué decapitada, y Leónida consumida por las llamas. Recuerda tambien la generosidad de Eutropia, que, no teniendo más que doce años, fué martirizada al mismo tiempo que su madre. Tú has admirado su constancia, cuando, hallándose condenada á ser atravesada por las flechas, no quiso huir, aunque pudiera haberlo hecho, prefiriendo exponerse á los dardos que se le arrojaban, y que le quitaron la vida. Tú has alabado su virtud y su ánimo, y sobre todo, ella era muy jóven, y

no tenia tanto conocimiento de las virtudes como tú, que te hallas en condiciones de enseñar á otras. »

Estas palabras llenaron de valor á Febronia. « Me inspirais, dijo, mucho ánimo, y siento muy fortalecido mi corazón con vuestras palabras. Si hubiera querido evitar la persecución, habria huido con las demás; pero como deseo ardientemente unirme á Aquel á quien me he consagrado, procuraré conseguirlo, pues espero que querrá hacerme digna de combatir y de morir por él. »

Pasó la noche en estos diálogos, y á la mañana siguiente corrió el rumor de la aproximación de Selenio y Lisímaco. Inmediatamente fueron encarcelados muchos cristianos, y habiendo algunos paganos denunciado á Selenio el monasterio de la Santa, envió al punto algunos soldados para que franqueasen las puertas, y se apoderasen de Brienna, Tenian ya levantadas sus espadas para darle muerte, cuando se interpuso Febronia, pidiéndoles que la matasen á ella primero, y no le diesen el sentimiento de ver morir á su superiora.

El conde Primus llegó en este momento, y mandó á los soldados que se retirasen. En seguida preguntó á Brienna, en donde estaban las religiosas, y ésta le respondió que se habian retirado, ¡ Ojala! dijo Primus, hubieseis hecho vosotras lo mismo; pero aún es tiempo, y podeis salvaros como las otras. Cuando llegó al pretorio, se aproximó á Lisimaco, y le dijo secretamente: « El aviso que se os ha dado de un monasterio de mujeres es cierto; pero todas han huido, á excepción de una anciana y de una joven. Debo deciros que esta jóven es de una belleza tan encantadora, cual nunca he visto, y tomo á los dioses por testigos, que, al verla, he quedado tan deslumbrado, que, si no fuese tan pobre, como aparece, seria digna de ser vuestra esposa. »

« No puedo olvidar, dijo Lisimaco, la orden que me dió

mi madre de economizar la sangre de los mártires, y de favorecerlos en lo que de mí dependa ; como, pues, he de atreverme á tender lazos á las siervas de Jesucristo ? Os ruego, pues, que volvais al monasterio, y hagais que se retiren las que quedan en él : sed su libertador, y procurad que no caigan en manos de mi tío Selenio, cuya severidad conoceis. » Pero fué inútil esta precaución de Lisimaco : un soldado, el más inhumano de aquella tropa, que oyó lo que habia dicho el conde Primus, se apresuró á ponerlo en conocimiento de Selenio, que, en un arrebató de cólera y de indignación, envió inmediatamente guardias al monasterio, para que impidiesen que nadie saliera de él, é hizo publicar en toda la ciudad, que á la mañana siguiente compareceria Febronia ante su tribunal. Esto atrajo numerosa concurrencia de espectadores ; no sólomente de la ciudad, sino de toda la comarca.

En efecto, al dia siguiente sujetaron los soldados con cadenas á Febronia, le pusieron una argolla al cuello, y la sacaron del monasterio. Brienna y Tomaida la abrazaron con el corazón transido de amargura, y pidieron á los soldados que les permitiesen hublar algunas palabras con ellas, y acompañarla, para que no fuese sola al combate ; pero contestaron que tenian órden de llevar sólomente á Febronia, si bién le permitieron que le hablasen. No fué mucho ; pero aprovecharon el tiempo. « Vas al combate, hija mia, le dijo Brienna : considera que el celestial Esposo te está mirando, y que los ángeles tienen en su mano la corona que te está destinada : no temas los tormentos, y procura que quede burlado el demonio. No tengas compasión de tu cuerpo, aún cuando lo veas destrozado por los azotes ; pues aunque lo repugnemos, ha de ser un dia sepultado en la tumba, y reducido á polvo. Yo quedo en el monasterio entregada al dolor y á las lágrimas, esperando que me traigan noticias favorables ó

funestas de tí. Te pido, carísima hija, que estas noticias me sean gratas, ! Ah ! ? quién pudiera asegurarme que mi Febronia habia combatido hasta el fin, y merecido ser puesta en el número de los mártires ? »

« Yo confio, madre mia, en nuestro Señor Jesucristo, respondió la jóven, y espero, que así como me ha concedido la gracia de ser fiel á vuestras santas instrucciones, me aprovecharé tambien de las que acabais de darme. Los testigos de mi combate os dirán que sois feliz en vuestra vejez por haberme educado, como planta que habeis cultivado con el mayor esmero. Espero demostrar que en un cuerpo débil tengo un ánimo generoso y esforzado. Rogad por mí, y permitidme que me retire. » Tomaida le prometió tomar un hábito secular para ser testigo de su combate, y miéntras Febronia se despedia de ambas pidiéndoles su bendición, levantó Brienna sus ojos al cielo, exclamando : « Señor mio Jesucristo, que asististeis á vuestra sierva Tecla en su martirio, bajo la figura de san Pablo, asistid igualmente á esta vuestra sierva en los tormentos que va á sufrir. » Despues de esta desgarradora escena, y de darles el último ósculo, se postró Febronia en el oratorio, pidiendo al Señor que se dignase sostenerla hasta el fin, y partió conducida por los soldados.

La prisión de Febronia contristó mucho á todas las señoras de la ciudad, que tenian costumbre de pasar los viernes en el monasterio para escuchar la lectura de los Libros santos y las instrucciones con que la inocente doncella las acompañaba. Lloraban amargamente viéndose privadas de una religiosa que tanto bién proporcionaba á sus almas. Hieria, de quién hemos hablado, llena de dolor, se dirigió al pretorio, en donde encontró á otras señoras y á Tomaida, á la que, aunque disfrazada, conoció muy bién. Al verse no pudieron ménos de derramar abundantes lágrimas. El concurso era tan grande, quellenaba toda la casa.